

cultural de la época en su sentido más amplio, así como cuadros de la vida social, en particular del tiempo libre. En este apartado sobresalen las cartas de Alfonso Reyes sobre la experiencia de la huelga inglesa, la cual observa desde su posición de viajero y cónsul en Francia. Según comunicaba Reyes, la prensa socialista francesa sostenía que “la huelga general se ha revelado como un instrumento de lucha, de control difícil que no puede ser manejado eficazmente para fines puramente económicos”

Asimismo, otro documento interesante es el relativo a la investigación que realiza Manuel Gamio sobre los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos y la importancia de éstos en el momento que se discutía la reglamentación de su ingreso en aquel país. Ahí se observan las dos posturas que históricamente se han enfrentado en lo relativo al ingreso e importancia de la fuerza de trabajo en la economía norteamericana.

Tal vez una ausencia importante en este apartado es el que se refiere al problema de la autonomía universitaria. ¿Cuál fue la percepción de ésta para Calles? ¿No tuvo móviles o sospechas sobre alguna vinculación entre los vasconcelistas y los escobaristas? En fin, hay una ausencia notable en este punto.

En la tercera parte, “Correspondencia familiar de los Elías Calles”, se aporta un conjunto de epístolas que retratan uno de los aspectos menos conocidos del general guaymense. Presentan a un Calles preocupado por mantener una constante información con y de su familia. El tono afectuoso

de su intercambio epistolar presenta a Calles capaz de confesar sus tribulaciones, sus pensamientos y sus dudas. Salta a la vista lo anecdótico y los detalles graciosos. Por ejemplo, su hija Alicia comunica el motivo de su ausencia a la escuela: “Lo que es que no quisimos ir a acarrear bancos y no cantó nada más el pajarillo”, y agrega más adelante, con referencia a su conducta dentro del plantel educativo: “Yo me porto muy bien en la escuela porque la señorita es muy beata y como las beatas son tan regañonas estamos quietas.”

A la selección juiciosa y meditada, la acompaña una serie de instrumentos auxiliares que permiten tener una idea más exacta de los corresponsales. Ciento veinte notas biográficas, un excelente y bien cuidado material fotográfico ordenado escrupulosamente el cual completa cada una de las partes del libro, un índice analítico y una cronología, redondean el trabajo de investigación de Macías Richard.

Antonio Padilla

UNIDAD DE LA CRÓNICA PRESIDENCIAL

Tzvi Medin, *El sexenio alemanista*, Era, México, 1990.

El libro de Tzvi Medin viene a enriquecer la exigua bibliografía sobre el sexenio alemanista, el cual carga con el sambenito de que fue un gobierno contrarrevolucionario, traidor a los ideales de la revolución de 1910, lugar común que ha remplazado el estudio riguroso de este periodo. El tra-

bajo reseñado lo sitúa en su exacta perspectiva histórica, origen del exitoso modelo de desarrollo que durante casi cuatro décadas se siguió en nuestro país.

Como es ya su costumbre, el estudioso israelita nos entrega un libro producto de una investigación seria, bien documentada, sostenida con sólidos argumentos que, sin embargo, a veces pecan de una excesiva temeridad, como cuando califica a la burguesía mexicana, sin más, de “nacional”. Si bien las burguesías latinoamericanas distan mucho de sus homólogas clásicas del mundo industrializado, afirmar que son “burguesías nacionales” amerita un análisis más detallado. Lo son por su origen, evidentemente, pero no porque busquen el desarrollo independiente y equilibrado de sus países; el dinamismo empresarial y la visión a largo plazo no son precisamente sus características, sino la recuperación fácil y rápida de sus inversiones, al menor costo posible y sin parar mientes en su repercusión social.

La hipótesis principal de Medin es que el alemanismo inaugura un nuevo proyecto nacional, contrario en sus líneas fundamentales al pretendido por el cardenismo. Si bien ambos regímenes persiguen el desarrollo económico con base en la industrialización por sustitución de importaciones y el afianzamiento de la rectoría estatal en todos los ámbitos, el alemanismo hace expresa su alianza con el sector privado como base de tal desarrollo, a la vez que desestima el apoyo al ejido y a la reforma agraria en general, sustituyéndola por la ca-

pitalización del agro en cuantiosos recursos que se canalizan a la creación de distritos de riego y la apertura de nuevas tierras de cultivo, mismas que en su mayoría son entregadas a una naciente burguesía agraria, compuesta en gran parte por “agricultores nylon”: empresarios de todo tipo, políticos y amigos de los políticos. Esta burguesía agraria se dedica sobre todo a cultivos de alto rendimiento, ya que es política expresa del alemanismo “financiar con las exportaciones agrícolas lo máximo posible del proceso de industrialización” (p. 135).

Tzvi Medin examina la manera en que la generación representada por Miguel Alemán, que mediaba la cuarentena y que se enorgullecía de su carácter técnico pragmático, buscó superar los problemas del país con una visión dinámica y moderna. Para llevar a cabo su proyecto desarrollista —que quedó circunscrito al crecimiento de las variables económicas, por lo que la distribución de la riqueza generada permaneció como asignatura pendiente para el futuro—, Alemán consolidó lo que el autor reseñado califica como “presidenciató”, esto es, la supremacía indiscutible del ejecutivo sobre los demás poderes, sobre los gobernadores y sobre la vida toda de la nación; con la salvedad de que lo que contaba era el puesto, no las personas. Cuando los presidentes dejan de serlo ya no los acompaña la aureola de impunidad y omnipotencia, propia del poder ejecutivo. Es importante señalar que la ingente labor desarrollada por el equipo alemanista en pos de la modernización material del país tenía su base en las reformas cardenistas y en la

labor de transición llevada a cabo por el gobierno de Manuel Ávila Camacho.

El programa de gobierno de Alemán contemplaba, además del desarrollo económico del país, la democratización política. Este anhelo quedó también para el futuro, pues si el gobierno perseguía con ahínco la modernización del país, el control político era indispensable para llevar a cabo tal proyecto. Sin embargo, se hicieron esfuerzos por abrir un poco el espectro político a través del nacimiento del Partido Popular, auspiciado por el mismo Alemán y a donde irían a parar los incómodos izquierdistas que ya no eran bien vistos oficialmente, con Vicente Lombardo Toledano a la cabeza. El clima ideológico de guerra fría fue adoptado con entusiasmo para esta tarea de “institucionalización de la oposición política”, como la llama Medin. Al PAN le fueron reconocidos cuatro diputados en las elecciones federales de mediados de 1949, mientras el PCM era ilegalizado este mismo año.

Por su parte, el Estado

era el que debía organizar la economía a través de una política proteccionista que no sería nada fácil de implantar, lograr fuentes de financiamiento y asimismo invertir en obras de infraestructura y sectores estratégicos, en los que no podía actuar la iniciativa privada, pero cuyo desarrollo era vital para la misma. Y más aún, el Estado debía mantener la paz social y evitar el alza de precios, y todo ello controlando al movimiento obrero organizado (p. 108).

El brillante secretario de Hacienda, Ramón Beteta, se enfrentó en los tres

primeros años del sexenio a una difícil situación económica producto de los ajustes de posguerra. A partir de 1950 las cosas empezaron a mejorar, y aunque el estallido de la guerra de Corea abría posibilidades de exportación a nuestros productos, no dejaba de presentar un serio peligro por la inestabilidad a que daría lugar; para atajarla se dictó la Ley sobre Atribuciones al Ejecutivo en Materia Económica, dirigida a controlar las actividades de exportación e importación y a combatir el desabasto y la especulación. La promulgación de esta ley fue el nubarrón que ensombreció las buenas relaciones entre la iniciativa privada y el gobierno; el intervencionismo estatal era fuertemente contestado por las organizaciones empresariales, pero no cabía duda de que eran las principales beneficiarias del mismo.

Durante el gobierno de Alemán se dio la “neutralización ideológica” que supone el abandono de la retórica oficial de que el capitalismo genera la lucha de clases, propiciándose en su lugar la colaboración entre capital y trabajo para llevar a buen fin el progreso de México. Como anota Medin: “El desarrollismo nacionalista no dejaba entonces mucho lugar para las divergencias sociales e ideológicas” (p. 30). El PRM fue convertido en Partido Revolucionario Institucional para adecuarlo a la realidad, quedando supeeditado al poder ejecutivo, mientras la CTM y la CNC eran despojadas de su radicalismo clasista para quedar encuadradas dentro del nuevo proyecto en calidad de comparsas necesarios; ahora el predominio corresponde a la CNOP, sector representativo de las

clases medias urbanas que va a llevar la voz cantante en el nuevo partido oficial, y cuyo fin último será la “deslegitimación de toda alternativa cualitativa y [la] postulación del crecimiento económico capitalista como esencia del progreso ‘revolucionario’” (p. 62). El ejército también entró al redil, consolidándose su institucionalización precisamente con un presidente civil. Escribe Medin: “El profesionalismo universitario de los nuevos gobernantes se enmarcaba coherentemente con el profesionalismo militar de los nuevos especialistas de la carrera militar” (p. 63).

Los lazos de dependencia con Estados Unidos se ahondaron durante este sexenio. La colaboración del poderoso vecino del norte era necesaria para llevar a cabo la modernización económica, dada la escasa capitalización interna. El capital extranjero fue bienvenido siempre y cuando colaborara en la buena marcha del país y respetara la legislación nacional. Es justo destacar, como lo hace Medin, que el gobierno alemanista defendió en todos los foros el derecho de nuestro país a industrializarse cuando Estados Unidos proclamaba la política del librecambio a nivel mundial, y que abogó por la autodeterminación de los pueblos y la no intervención en los asuntos internos de otros países.

El autor analizó igualmente la situación suscitada por la presunta reelección de Alemania, intención que contó con la firme negativa de los ex presidentes, sobre todo del general Cárdenas. Ante esta reacción, se adujo que la reelección sería deseable en caso de una nueva conflagración mun-

dial. También es examinada la problemática cultural del sexenio; en estos años la preocupación por lo mexicano es la nota dominante. La edificación de la Ciudad Universitaria es el monumento que a su *alma mater* erige esta generación de universitarios, quienes abrieron una nueva página en la historia mexicana del siglo XX:

Una página en que la burguesía nacional y el Estado, aunados a los intereses norteamericanos y extranjeros en general, se convirtieron en el pivote del proceso revolucionario, el cual quedó reducido a sus connotaciones desarrollistas y nacionalistas (p. 174).

Los problemas derivados del proyecto de desarrollo implantado durante la década de los cuarenta, basado en la sustitución de importaciones y en el proteccionismo, se empezaron a evidenciar a finales del sexenio. Era cierto que la producción agrícola e industrial se había incrementado, pero esta situación no había tenido su correspondiente corolario en una ampliación correlativa del mercado interno, lo que evidenciaba la regresiva distribución del ingreso. Con todo, señalemos que durante el sexenio alemanista se apostó con optimismo a la grandeza de México, aunque ahora contemos con la suficiente perspectiva histórica como para saber en qué quedó tal proyecto.

Felicitas López Portillo T.
CCYDEL, UNAM